

## VISITANTES DE MENORCA

---

# UN DIPLOMÁTICO DE TRÍPOLI

Por JOSE COTRINA

Académico C. de la Real Academia de la Historia.

No es ciertamente del rango de quienes dejan su nombre en la Historia con rasgos indelebles el personaje de quien vamos a ocuparnos por el solo hecho de haber permanecido algún tiempo en la isla. Pero su carácter oficial, las incidencias que produjo su estancia y hasta las vacilaciones que en el reconocimiento de su personalidad demostró la autoridad insular pueden considerarse motivos suficientes para que se le incluya en una galería de visitantes de Menorca dignos de alguna distinción.

El personaje a quien nos referimos llegó al puerto de Mahón el 1.º de Enero de 1743, esto es, en plena dominación inglesa, ejerciendo el cargo de Teniente de Gobernador el brigadier Felipe Anstruther. Llamábase según consta en el

manuscrito del que tomamos estas noticias (1) Hagi Ebrahim Corolan y aunque sospechamos que haya algún error en la exacta transcripción de estas tres palabras nos limitamos a copiarlas sin hacernos responsables de su exactitud. El tal viajero vino a la isla en un barco mercante y se dió a conocer como embajador de Trípoli, manifestando a su llegada que el Almirante jefe de la Armada inglesa en el Mediterráneo le había ofrecido trasladarle a Londres, donde había de realizar su misión diplomática, en un barco de guerra británico. Había, pues, de permanecer en Menorca el tiempo que tardara en llegar el buque anunciado. ¿Sería largo? ¿Sería corto? Esto no lo sabía nadie.

Ignoramos también en que forma acreditó su carácter oficial el viajero africano y solo por algún detalle de las ocurrencias posteriores nos permitimos suponer que a su acceso a la isla se creyeron de buena fe sus manifestaciones. De lo que si estamos seguros es de que la llegada del viajero planteó el problema de su alojamiento ya que la incertidumbre sobre la duración de su estancia no permitió mantenerle en el barco que le aportó a esta isla con su séquito de nueve personas entre parientes, auxiliares y criados.

La Universidad de Mahón, representada por sus Jurados ofreció un albergue para el embajador pero Anstruther creyó mas oportuno aprovechar la visita en cuestión para satisfacer uno de sus propósitos más firmes en aquellas circunstancias.

El diplomático permaneció en Mahón hasta el 17 de julio en que prosiguió su viaje a Inglaterra. Durante los seis

---

(1) Mos. número 998. -Biblioteca Central de la Diputación de Barcelona. Entendemos que la palabra «Ebraim» debe cambiarse por «Ybraim» y así lo hacemos, siendo esta la única alteración que nos permitimos en las referencias del manuscrito.

meses y medio de su estancia se alojó en el domicilio del Dr. D. Francisco Caules, importante prohombre de la política al uso en aquellos tiempos que puso toda su actividad de un modo entusiasta y abnegado al servicio de Menorca.

Mas no fué ciertamente por tales méritos del Dr. Caules por los que se le dispensó el honor de albergar en su morada al distinguido caballero tripolitano. Ni se pensó en honrarle con tal distinción. Muy al contrario, el brigadier Anstruther quiso castigar con la carga de tal alojamiento al dueño de la casa de quien era enemigo irreconciliable. Y castigo pudo ser dado el número de personas que con el embajador se introducían en la morada del mahonés *beneficiado*. Y aún dice el anónimo escrito de quien tomamos la noticia que gracias a tal hospedaje entraron en la casa de Francisco Caules moros, judíos y protestantes que de todo había en el acompañamiento del africano.

Y ello ocurrió así. Conocida por el Teniente Gobernador la llegada al puerto del personaje en cuestión resolvió al día siguiente, 2 de enero, que éste y sus acompañantes fueran a ocupar la casa del Dr. Caules, haciendo caso omiso de los ofrecimientos de los Jurados. Para que ello fuera factible resolvió que el dueño de la casa la desalojara saliendo de ella con su familia. La expedita solución de la autoridad no podía hacer gracia al Dr. Caules que se veía lanzado fuera de su domicilio sin poder ocupar ninguna de sus otras casas por utilizarlas, en aquel entonces, fuerzas de la guarnición para su albergue. Tampoco los Jurados de la Universidad que parecían dispuestos a resolver el problema por lo que afectaba al embajador musulmán se resolvían a hacerlo por lo que afectaba al Dr. Caules. Y ello constituía el grave apuro del patricio mahonés a quien el Mayor Montgrieff que servía a las inmediatas órdenes de Anstruther le trasmitió la orden de éste a las diez de la mañana de dicho día 2 de enero en términos apremiantes ya que para abandonar su propia

casa con todos los suyos se le concedía tan solo el corto tiempo de dos horas. Transcurrieron éstas y una más y otra y otra... hasta que sobre las tres y media de la tarde volvió Montgrieff repitiendo las órdenes con la exigencia de su cumplimiento urgente. Pero apenas tuvo el pobre propietario tiempo de reflexionar sobre el apurado trance en que se le colocaba porque al cuarto de hora de la última orden volvió Muntgrieff por última vez, y lo hizo acompañado de Hagí Ebrahim y de los nueve de su séquito. Y apenas entrados en la morada del mahonés dirigiéndose el Mayor al personaje africano le ofreció la casa en nombre del Teniente Gobernador, ofrecimiento que aceptó el de Trípoli muy reconocido, ignorando que el obsequioso brigadier le constituía en objeto de su venganza para con el dueño de la morada en que iba a albergarse. Cuando se enteró de que para su alojamiento se había ordenado abandonase el propio hogar la familia que lo ocupaba sintió viva contrariedad que quedó paliada por la cortesía con que fué tratado desde el primer momento por Caules y familia a quienes no permitió salir de su casa en la que procuraron acomodarse buenamente los habituales muradores y los huéspedes. Estos fueron galantemente invitados a cenar por aquellos la primera noche de su estancia y entre unos y otros se entablaron relaciones de cortés amistad que no pudieron menos de molestar al Teniente Gobernador que no esperaba un acomodamiento tan fácil. Y hasta es posible que a la familia Caules le halagara ver mandada una guardia en el portal de su casa como honor rendido a la alta representación que ostentaba el diplomático extranjero.

No es preciso indinar porque el lector lo habrá ya supuesto que por mucha que fuese la discreción del dueño de la casa, a medida que el trato entre éste y el embajador adquiría un aspecto familiar, por la convivencia, fuera entendiéndose el último de las discusiones entre el primero y el

brigadier y de la persecución de que éste le había hecho objeto. Caules había sido Jurado mayor en Mahón poco después de la muerte del gobernador Kane y la Universidad le había designado como su diputado para representarla en las reuniones de las que con tal carácter nombraron las Universidades menorquinas para obrar de acuerdo en las gestiones en pro del bienestar y prosperidad de los isleños defendiendo los intereses generales de la isla. No fué baldía su actividad durante el gobierno interino del Teniente Coronel Pinfold y consiguieron de éste algunas medidas que estimaban beneficiosas a los fines que perseguían. Pero la política que nunca estuvo ausente de la vida menorquina, ni aún en los tiempos en que los puestos de las Universidades se adjudicaban por el procedimiento de *saco y suerte*, encontró ocasión fácil a poco de llegar a Menorca el brigadier Anstruther para aponer a las gestiones de los diputados y sus seguidores (que fueron calificados de *pinfolistas*) la actividad de las *anstrutheristas* alentados por el apoyo del nuevo encargado del gobierno. Caules cabeza visible de los pinfolistas fué perseguido tenazmente por Anstruther conociendo los sufrimientos de la prisión, del destierro y de la vida fuera de su patria y lejos de su familia.

El embajador tripolitano de quien no tenemos más antecedentes que los ofrecidos indirectamente por el manuscrito que nos proporciona estas noticias, debía ser hombre de experiencia adquirida en el desempeño de cargos oficiales en su país en las que según sus propias frases adoptó normas de rara sagacidad. La cortesía protocolaria hizo que se cambiaran visitas entre el diplomático y el brigadier. En una de las primeras éste se lamentó de que aquél se hallara tan mal alojado por haber permitido que siguiera ocupando la casa el dueño de la misma. Con tal motivo le expresó las sospechas que abrigaba de que Caules hubiere escrito a la Corte contra él y aprovechó la ocasión para decir que el nombra-

miento de Teniente Gobernador fué debido a sus condiciones personales y expuso su satisfacción por el comportamiento que con él observaban los moradores de la casa y refirió sus prácticas de gobierno; nunca había castigado a quien se dirigiera al rey en contra suya pues, el monarca lo conocía muy bien; siempre había tratado con blandura a los enemigos porque así los convertía en amigos. Discretamente le expresó su sentimiento por haber aprovechado su llegada para causar un perjuicio al diputado Caules. A Dios—decía—no le gusta la venganza sino que se use de misericordia más que de rigor. De la injusticia viene el peligro de que los pueblos se subleven contra su rey: el poderoso ha de ser más humilde que el débil... Y aún añadió que su agradecimiento por el trato que recibió le había hecho ceder a la invitación de los Caules para visitarlos de nuevo si pasaba por la isla a su regreso de Inglaterra.

Como es de suponer que el redactor del manuscrito no presencié la entrevista relatada ha de creerse que el embajador la refirió a Caules y por éste fué conocida. Pero nos extraña que nada se diga de la reacción que las palabras del embajador produjeron en Anstruther a quien no nos imaginamos fuera hombre muy dispuesto a recibir lecciones de quien no le superara en autoridad. Es cierto, sin embargo, que pocos días después de la entrevista limitó la asignación para los gastos del diplomático y su acompañamiento que satisfacía con cargo a las 174 libras esterlinas que cobraba mensualmente en concepto de contingencias. El tripolitano aceptó la reducción sin oponer nada a ellas limitándose a satisfacer de su propio peculio lo que faltaba para su manutención y la de su séquito invitando cada día a los centinelas de honor a comer, a cenar y, a veces, hasta a merendar.

El 5 de febrero, fiesta religiosas del musulmán le invitó el Teniente Gobernador a sentarse a su mesa más precisamente por tal razón, el embajador no aceptó y rogó, por el

contrario a la autoridad insular le acompañara a comer cualquiera de los tres días dedicados a la celebración de la fiesta. El brigadier se excusó con el mucho trabajo que le ocasionaba el despacho del paquete que había de salir con el correo para Londres. Confidencialmente, empero, le hizo saber que no accedía a su invitación por no encontrarse con él Caules. Esto, no obstante, el 8 de Abril Anstruther visitó de nuevo al africano mostrándose muy amable y prometiendo, a ruegos del visitado, que le sería devuelta al diputado la multa que se le impuso antes de la llegada a la isla del viajero. Y hallándose, sin duda, el teniente gobernador, en un momento de optimismo, prometió al embajador que dada su categoría que fijaba, como es natural, la del alojamiento que se le había proporcionado, no ocuparía la casa de Caules ningún oficial cuando el diplomático la hubiese abandonado. Este quedó muy contento del cambio de actitud del brigadier quién al despedirse de aquél le dió lá mano y le besó la barba.

Tres días después Hagi-Ebraim escribió a Anstruther pidiéndole un favor para un cuñado de Caules y no recibió contestación, tampoco le fué devuelta al diputado la cantidad a que ascendió la multa que el brigadier prometió condonar.

Las alternativas que habrá advertido el lector en la conducta del Teniente Gobernador no pueden a nuestro juicio obedecer a otro motivo que las dudas abrigadas sobre la personalidad oficial del tripolitano nacidos del hecho raro pero verosímil de que tal personalidad no viniera acreditada documentalmente. Y nos confirma en esta idea el extraño hecho ocurrido en el mes de Mayo.

El día 9 de dicho mes se presentó Muntgrieff en la casa de Caules preguntando por éste. Una vez en presencia del diputado le leyó una carta recibida de Trípoli en la que se manifestaba que el pretendido embajador no era tal sino una especie de correo añadiendo que no se trataba de un hombre

de porte y capacidad para las gerarquías que se atribuyera sino un simple impostor. Muntgrieff añadió que ante tales noticias no procedía auxiliar al extranjero en su manutención. Además siguiendo una indicación contenida en la misma carta se obligaría a Hagi Ibrahim a proseguir su viaje. Preciso fué dar conocimiento del hecho al dudoso embajador y éste se enteró del mismo con viva indignación. Pidió la carta y negó su autenticidad porque el sello que llevaba no era el oficial de su rey ni la letra era del secretario del monarca; además, hacía algunos días que no había llegado correo lo que le permitía sospechar que aquella misiva era apócrifa, a lo sumo, admitiendo que el escrito llevara algunos días en Mahón podía suponer que era una añagaza del Cónsul inglés en Trípoli de quien iba a quejarse en Londres. Pidió se la entregara la carta para remitirla a su rey y rogó se le presentaran la cuenta de los gastos realizados durante su estancia para satisfacerlos de su bolsillo particular y referir todo lo ocurrido en la Corte de Londres. Muntgrieff ofreció dar al africano una copia de la carta, no esta misma, lo que no aceptó Ibrahim por no prestarse a la comprobación. La indignada protesta de éste debió hacer mella en el Teniente Gobernador porque desistió de las medidas anunciadas por Montgrieff y ratificó sus órdenes anteriores costeando la alimentación de la embajada en igual forma. Solamente dispuso que los oficiales que visitasen al extranjero lo hicieran sin ceñir espada. A través de los hechos narrados queda la duda en el lector de si se trataba de un diplomático de categoría de embajador o si era un simple enviado de inferior gerarquía, pero es lo cierto que Anstruther siguió con él la misma conducta que siguiera antes del suceso de la carta. Y cuando el 28 de junio llegaron al puerto dos barcos mercantes procedentes de Levante que se dirigían a Inglaterra y se detuvieron para sufrir la cuarentena reaccionó de nuevo Anstruther y planteó al de Trípoli el dilema de embarcarse en



uno de aquellos barcos o esperar en Mahón a que el propio Teniente Gobernador recibiera órdenes de la Corte a la que iba a escribir sobre el particular. De nuevo la duda aguijoneaba el espíritu de Anstruther y seguramente causará el mismo efecto en el lector al saber que el africano dijo estar pronto a embarcar ya que tardaba tanto el barco de guerra ofrecido por el almirante rogando empero se le concedieran unos días para adquirir las provisiones que había de necesitar la embajada durante el viaje. El brigadier por conducto del Capitán del puerto pidió a Ibrahim una lista de los víveres que precisaba. Este la entregó incluyendo en ella bizcochos, arroz, legumbres, carneros, etc. sin fijar cantidades. Anstruther cuando vió la lista desistió de facilitar lo que se solicitaba dejándolo al cargo y cuidado del solicitante quien después de adquiridas las provisiones hizo que el Capitán del barco que se le había asignado recogiese en su lancha al personal de la embajada y los víveres llevándolos a bordo mientras él quedaba en tierra con tres de sus acompañantes en calidad de invitado particular de la familia Caules. Y así permaneció diéciocho días en los cuales su comitiva sufrió la cuarentena a que el barco estaba sometido.

El musulman envió recado de despedida al Teniente Gobernador. Este se hallaba en el fuerte y al regresar a Mahón visitó a aquél dos días consecutivos, visitas que aprovechó el diplomático para recordar el ofrecimiento de no alojar ningún oficial en la casa de Caules cuyo recordatorio disgustó al brigadier aunque acabó reiterando el ofrecimiento. Seguía este en su actitud vacilante alternando la cortesía y el despego a medida que la duda se disipaba o le roía más o menos fuertemente.

Pero los hechos favorecieron al embajador pues llegó el barco de guerra y el 17 de julio embarcó el personaje siendo recibido a bordo con los honores correspondientes a la gerarquía que ostentaba saludándosele con los reglamentarios

disparos de salva. El diputado Caules le acompañó hasta el momento de la partida como le había acompañado durante el tiempo de la mutua convivencia y le entregó una carta firmada por los cuatro diputados de las Universidades de la isla dirigida al agente que éstos tenían en Londres haciéndole saber que el portador podía facilitar su gestión cuando le fuese difícil hacer llegar hasta S. M. Británica algún documento o alguna petición relacionada con los intereses menorquines.

En el buque de guerra se unieron al embajador las personas de su séquito que se hallaban en cuarentena en el barco mercante y con todos ellos partió la nave, abandonando definitivamente la isla el huésped musulmán que había permanecido en ella seis meses y diecisiete días.

De su estancia en Londres solo sabemos que cuando en la Corte inglesa se hallaba cierto número de menorquines dispuestos a reclamar de la conducta del Teniente Gobernador, entre ellos el diputado Caules, el embajador de Trípoli fué testigo en la tramitación de alguna de las denuncias ante el Comité de los Lores del Consejo privado de S. M.

Y en cuanto al ofrecimiento de no alojar ningún oficial en la casa de Caules, el brigadier cumplió fielmente su palabra en la casa de Caules no se alojó ningún oficial, ciertamente, pero las habitaciones que fueron del embajador se destinaron por orden del mismo brigadier al comercio de un tabernero para solaz de marineros y de soldados.

---